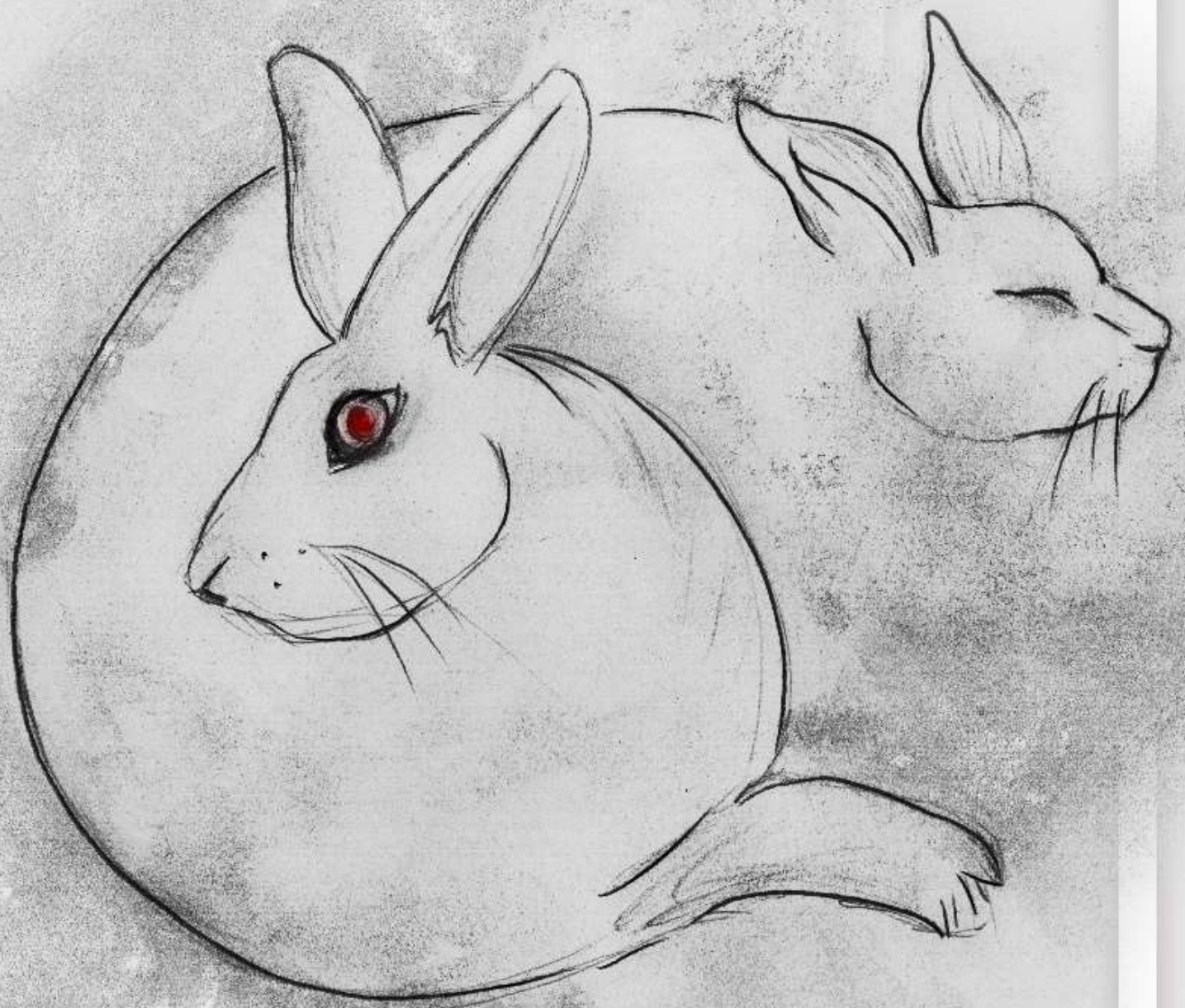


el Cuarto
de los Conejos



Larissa Quesada

El cuarto de los conejos

Larissa Quesada



@larissaistyping

El cuarto de los conejos

El espejo está mintiendo. Antes reflejaba una imagen un poco más clara, más nítida. Pero me rehúso a pensar que soy yo la que ha cambiado. Tiene que ser el espejo, porque lo demás no cambia. La habitación sigue siendo la misma, con su tapiz de aire acústico y clásico de flores despintadas, lilas y violetas en un fondo aguamarina. El espejo no se mueve y los conejos están por doquier. Sus ojillos rojos pequeños me recuerdan a las canicas.

Por la mañana me desperté exactamente en el mismo lugar donde me había dormido. Esperaba que si no me dormía en la cama, reventaría la ilusión y el cuarto desaparecería, pero no lo hizo. Me dormí en una esquina, abrazando mi propio cuerpo, en lugar de todos los peluches de conejos que tengo, y me dormí. Pero aún nada cambia.

La lamparita estaba muriendo. No hay ni una ventana...Oh, sí. Sí hay una. Pero está en la esquina superior derecha del cuarto. No la alcanzo. Desde ahí solo veo unos cuantos cúmulos de nubes pasando. El día es precioso, eso solo me da más ganas de salir.

Creo que han pasado dos días, porque no me detengo a ver por la ventana el paso de la luz y la lamparilla la mantengo encendida durante todo el tiempo. No he tenido tiempo de analizar los patrones pero, si no me equivoco, dentro de muy poco será hora de que salga la vocecilla. Esa silueta.

Hay una especie de grieta en el suelo. Una hendidura oscura en la cual no me atrevo a meter la mano por temor a que una más arrugada y escasa de carnes me la tome entre sus huesudos dedos. Más arriba de la

hendidija hay una especie de lámina. Como esas que se ponen en los baños. Veo una silueta, pero no un rostro. Y oigo la voz.

Me da escalofríos. Se supone que no debería. El cuarto al principio es bonito, pero ahora me parece sofocante. Me gustaría salir, ya extraño el aire. No me molesta esperar. Me mantengo quieta. Espero que quizás, fuera de este cuarto, escuche la voz de Nata...O de mis papás.

No sé exactamente cómo llegué hasta aquí. Solo recuerdo las nubes. Nata llegó, yo le dije que el día estaba muy callado. Así como para pasar un rato, porque el silencio, cuando no es con él o conmigo misma, es aburrido. Entonces fuimos en silencio así al collado. Él se negó, dijo que trajéramos a mis papás, pero tampoco insistió demasiado. Seguro hice una cara muy convincente, porque no protestó después.

Había muchas flores y el césped estaba bien verde. Nos acostamos en la hierba y las nubes empezaron a moverse. Me sentía muy bien en ese momento. Creo que después me dormí y desperté aquí. En el cuarto de los conejos.

Estaba tendida en la cama. Mi ropa, blusa blanca y enagua, la que pedí prestada de mi uniforme ya que me caí por el barranco mientras bajaba del carro, estaban un poco sucias. Pero nada de qué alarmarse. Inspeccioné la habitación con la vista. Tiene colores muy apacibles, me recuerdan a los de una tarjeta de pésame. La cama es bonita, pero tiene un aire de camilla de hospital. Quizás por el material blanco del que está hecha. Y sobre todo, hay muchos peluches.

Todos son de conejos. En realidad, no apetece abrazarlos. Los peluches son más tiernos cuando se asemejan a una caricatura, pero cuando son realistas, terminan por ser terroríficos. Estos parecen conejos de verdad, lo cual me asusta. ¡Incluso pudieron haber sido conejos!

Es muy apacible, pero después termina por ser agobiante.

Desperté aquí, no he salido. Alguien me pasa un platito de comida. Todas las veces han sido frutas. Pero ansío algo más de comer. Ya me cansé de las frutas adornadas en forma de flor. No me molesta estar sola, pero quiero saber que le pasó a Nata. Ahora sé que mis papás tenían razón cuando dijeron que no tenía que acompañarnos.

Vinimos por una carretera, a este lugar, porque mi abuela está enferma. Eso dijo mami. Aunque ellas casi nunca se hablan, parecía muy decidida a venirse. Mi papá siempre le sigue la corriente, por eso empacamos y nos vinimos inmediatamente. Nata es otra historia. Dijo que tenía que hacer algo por aquí y, por lógica, pensé que papi ya le había preguntado que si nos íbamos juntos, para que no tuviese que gastar en gasolina. Pero él no sabía nada del asunto. Entonces se me ocurrió preguntarle a mami si lo podíamos traer con nosotros. A ella, al principio, se le pusieron los pelos de punta. No quiere a Nata. Papi tampoco, aunque lo conoce bien. Hay buenas razones, para los adultos, claro. Pero yo lo veo diferente.

Nata es mi amigo. Tal vez sea mi mejor amigo, con nadie más me siento tan cómoda. Mis amigas me caen bien, pero con él discuto cosas de las que no podría hablar con ellas. Es quizás algo raro, porque Nata es mayor. Muy mayor a mis ojos, al menos cuando lo conocí por primera vez. Él era alumno de mi tía, que es profesora de música. Yo quiero mucho a tía Clara, pero a mami no le gusta que me junte con ella. “Tu tía está loca”, es lo que siempre dice. Y cuando habla de ella, a veces se le salen las malas palabras.

Pero un día, hace bastante, tía Clara me llevó a su escuela. Daba clases a los octavos años en su colegio y me llevó para que viera. Le he dicho que me gustaría ser maestra y a ella le gusta que yo sea callada. Por eso me llevó y me sentó en su escritorio.

Nata estaba en las últimas filas de la clase. Me pareció que tenía una

apariciencia muy interesante. Algo sombrío pero siempre sonriente. Nata no es de por aquí. Su mamá es sueca, vive con ella y con sus hermanos, él es el del medio. Mi tía decía que era uno de sus mejores estudiantes y fue muy amable conmigo desde el principio. Me saludaba y, de vez en cuando, me regalaba un confite.

Un día, mi tía insistió en que me llevaría a una de las excursiones de su clase. Mi mamá no me dejó ir, pero a tía Clara tampoco le gusta que yo pase metida en la casa con ella, entonces me pidió prestada por un día. Fuimos a una galería de arte y a un museo. Yo estaba muy emocionada porque iría a ver esas cosas que me han gustado desde siempre. Recuerdo que había una pintura llamada Persistencia de la memoria y, mientras todos avanzaban, me quedé viéndola. Después de un segundo, ya no sabía ni dónde estaba. Solo que estaba sola. No moví ni un músculo. Nada más deambulé por ahí. Cayó la tarde y empecé a asustarme cuando vi que los buses de la excursión ya se habían ido.

No sabía qué hacer más que vagar. Después de un rato, vi a un muchacho de pelo largo, por los lóbulos de las orejas y despeinado, corriendo por los pasillos, resultó ser él. Ahí, Nata me tomó del brazo y me explicó con nerviosismo que mi tía se había ido pensando en que yo iba en el otro bus. Ya habían apagado las luces de un ala del museo y yo estaba aterrada. Por primera vez, me sentí sola y abandonada. Era extraño que una tía amorosa, aunque loca, como lo es para mí tía Clara, se hubiese ido sin mí, su única sobrina, de ocho años entonces. Pero lo cierto es que sí soy muy callada.

Recuerdo que, aunque no lo conocía bien, me aferré bien a Nata, que para entonces tenía catorce años, y ambos corrimos por la galería. Su mamá llegó una hora después, llamó a mi tía y le dijo que yo estaba con su hijo, que me había encontrado por ahí, porque a él también le gustaban mucho los museos y, como ya era un muchacho grande, lo

dejaba quedarse después de la excursión.

Estuve hablando con Nata por mucho rato y me cayó muy bien, mejor de lo que antes me caía. Mi tía llegó por mí, me regañó y mi mamá le gritó a ella. Pero yo estaba contenta. Después de eso, Nata y yo nos seguimos viendo en su colegio. Después se graduó. Ahora sigue ligado a la familia. A veces los veo a él y a papi hablando y él le carga los papeles de la oficina. De hecho, ambos se visten parecido.

Dicen que es raro y que se ve mal que yo hable tanto con Nata. No es que nos reunamos a solas. Después de esa excursión, tenemos muchas palabras para llenar los ratos en los que nos vemos, casi siempre cuando me escapo a la casa de tía. Ahora, él llega a mi casa a darle los documentos a papi; me saluda y nos hablamos. A él también le gusta leer mucho, como a mí. Dice incluso que en el colegio lo molestaban por leer “novelas de mujeres”. También me dice, de vez en cuando, que le parezco muy madura para mi edad. Y eso me gusta.

Mis amigas también dicen que es raro. Lo cierto es que saben que yo me pongo incómoda cuando me hablan de Nata. Y mami nota que, cuando dicen que está fuera de la casa, yo veo a todos lados menos a los ojos, como quien no quiere la cosa. Por eso ella se enoja conmigo. No tengo novio, no me gustaría. A veces imagino que es Nata. Nosotros lo sabemos, pero nunca lo hemos dicho o así me gusta verlo.

Una vez le pregunté si se querría casar alguna vez y me respondió que solo si era conmigo. Creo que lo dijo en broma, pero aun así no lo olvido. El año pasado, en mi cumpleaños, vino a mi casa para regalarme un libro. Lo que él no sabía era que mis amigas estaban en la casa y lo vieron por primera vez. Me molestaron. A él no le importó, pero a mí sí. Eso no me gustó, siento que no debían de relacionarse. Le dijeron que lo que yo quería de regalo no era un libro, sino un beso. Él se rió y dijo que más adelante. El libro era Jane Eyre, de cierta escritora inglesa,

cuyo nombre no recuerdo. Pero me gustó mucho. Lo cierto es que el tal Rochester le llevaba veinte años a su Jane, por lo tanto me dio muchas esperanzas.

A tía Clara sí le gusta que nos llevemos tan bien. Le parece muy peculiar y ella me deja que nos hablemos. Pero a mami no.

Lo trajimos porque él tenía que hacer mandados por la zona. Fue lo único que me reconfortaba de haber venido.

Ahora, no sé qué pensar. Nos dormimos por un rato, estábamos tomando un descanso del viaje y ya estábamos a punto de llegar a la casa de la abuela. Pero desperté aquí. En la mesita de noche hay una rosa roja. No se ha marchitado. Veo los peluches con fijeza. Al principio me intrigaban y no me causaban miedo. Ahora los veo medio raros.

La silueta empieza a moverse tras la lámina. Ha venido. La primera vez que la vi venir, me preguntó lo siguiente:

“¿Te gustan las rosas?”

No respondí. Me dio miedo, porque esa voz añeja no la conozco. Lo volvió a preguntar y tampoco respondí. Al rato la sombra se fue y vi una mano frágil, lánguida y trémula, metiendo una bandeja de frutas por la hendidura.

“Te quiero, princesa”. Fue lo último que dijo antes de irse.

Al desayuno, llegó con otra bandeja y me preguntó.

“¿Y los conejitos? ¿No te gustan?”

Tampoco respondí. Después su tono se agravó un poco más.

“Abrí el armario, princesa. Ahí hay unos vestidos para que te cambiés la ropa. Más bonito un vestidito. Ve y ponete el vestidito. Hay uno lavanda, bien bonito. Solo para vos, muñequita mía”.

Me quedé inmóvil sobre la cama. Bajé, intenté destrancar la puerta, pero estaba sellada. Igual que lo está ahora. Pronto sé que llegará otra vez. Me veo en el espejo. Mi cabello marrón y opaco cae como espigas

muertas sobre mis mejillas. Espero un rato y veo la lámina. Ahí se va adelantando la silueta. Detecto un moño bien arreglado en la punta de la cabeza. Una ligera curvatura en la espalda y una bandeja en las manos.

-No te has cambiado el vestido.

Contengo el aire. No sé cómo puede verme. No ha habido nadie que se fije por la única ventanilla. Una vez oí que existen espejos que reflejan por los dos lados. Este pensamiento me reptaba por la espalda y corro ante el espejo, dispuesta a arrancarlo de la pared. Pero, para mi sorpresa, es un simple espejo de tocador. No está fijado al muro. Detrás de este no hay más que el tapiz de colores débiles, agónicos de juventud. Le doy la vuelta, por si acaso.

-Ponete el vestido, necia.

-No quiero –son las primeras palabras que le digo. –No lo necesito.

-¡Ponete el vestido!

La brusquedad de sus palabras me cristaliza en el suelo. Me abrazo más las rodillas. Pero nada pasa. La silueta me deja la bandeja de frutas y se va.

Creo que eso me ha asustado, porque antes tenía un poco de hambre y ahora nada de lo que veo se me apetece. La fruta está adornada en forma de flor. La dejo en el piso. Empiezo a desesperarme y golpeo las paredes con los puños, en caso de que alguien esté cerca y me oiga. No quiero gritar ni decirle a la silueta que tengo algo de miedo, por eso no abro la boca.

Al final me canso y me voy a dormir. Como no sé ni qué hora es y un sentimiento extraño crepita por mi cuerpo en cuanto pienso ver por la ventana, me da igual hacerlo. Me acurruco en la cama y me voy a dormir.

Al despertar, el bombillo de la lamparilla ya está quemado. La

lámpara tiene un color cobre y no tiene cubierta. Sin embargo, algo más me jala. En la mesa de noche, donde antes había un florero con una sola rosa carmesí, ahora hay un girasol.

Las manos se me entumecen al comprobar que alguien se metió al cuarto mientras yo dormía. La silueta ha cambiado la flor.

Siento como si me hubiesen desnudado de la mudada que traigo. No quiero pensar quién tiene pasos tan ligeros como para entrar en el cuarto de esta forma. Me voy corriendo hasta el extremo del cuarto, a la par del espejo. Ahí me quedo.

Solo pienso en Nata, en lo que le habría pasado. No sé si él estará encerrado como yo. Aunque sería raro, ya que él ya es un muchacho de dieciocho y no creo que lo tomen así tan fácil como me tomaron a mí. Tampoco sé que les pasó a mis papás. Y si habrán llegado a la casa de la abuela para atenderla.

Por alguna extraña razón, pienso en mi tía Clara. Ella me reconforta más que mi mamá. Me gustaría llamarla de algún modo. No entiendo por qué mi mamá ve con tanto prejuicio a su hermana menor. Tía Clara es extravagante, pero si ella está loca, entonces mi mamá está peor. El hecho de que viva sola y que no tenga hijos no es, para mí, motivo de la vean como si fuera una desconocida. Nata también vive prácticamente solo ahora y no es desconocido para mí. Ella me quiere y es mi tía favorita.

Tampoco les hace gracia a mis papás que la tía cargue de arriba a abajo con Nata, como si fuese una especie de prodigio. Pero ella me dijo hacía mucho tiempo que Nata era especial. Dijo que tenía mucha pasión por la música y que tenía mucho talento para el piano y el violín. Por eso, ella y Nata tienen una relación muy bonita: él es su ahijado. Y por eso lo veo tan a menudo.

A veces pienso que calzo mejor con tía y con él que con mis papás.

Mami me regaña muy feo de vez en cuando. La semana pasada quebré un jarrón. Al principio no se enojó, pero después empezó a decirme cosas que a mí nunca se me habrían pasado por la mente. Sus castigos no son muy duros, como los de mis amigas, que les quitan el celular o las restringen de salir. Mami prefiere que medite las cosas en soledad y no me deja cenar con ellos en la mesa. Me advierte constantemente que el tiempo lo debo usar para pensar, no para leer u ocuparlo en otro pasatiempo.

Ella resiente el hecho de que una vez le dije que me gustaba mucho quedarme con la tía Clara. Aunque ella sea muy hablantina. Mami dice que es loca porque vive del arte y esas “tonteras”.

No le gustan las extravagancias. Todo lo quiere perfecto. Recuerdo una vez que Nata, cuando tenía quince, se tiñó uno de sus mechones rubios de cabello de un color azul. Ella no lo dejaba acercarse siquiera al patio.

Ya no sé ni siquiera dónde tengo permitido sentirme cómoda. Mami dice que es ridículo que yo quiera tanto a mi tía cuando tenemos tan poco en común. Yo no lo creo así. Y menos cuando se trata de Nata, un muchacho con el que no tengo parentesco y del que no conozco siquiera su nombre completo. Eso es cierto, tristemente. “Nata” es solamente un diminutivo. Cuando le he preguntado por su verdadero nombre, él me dice que es muy raro y que prefiere que nada más le diga así.

Se me va el rato pensando en todo y en nada. Me distraigo y, por lo tanto, el girasol ya no me parece tan interesante. Pero luego llega la silueta, se acerca de nuevo.

-Cambiate el vestido, princesa. Me gusta mucho tu pequeño corazoncito.

Acomodo las vértebras de mi espalda, sentándome contra la pared.

-¿No te gustan los conejitos que te hice?

Los conejos no parecen hechos a mano. Me parecen demasiado reales. La vocecilla es de una voz anciana, bastante decaída. De su figura encorvada sale una mano delgada y de esta, como flor del árbol, se extiende el dedo anémico. Está invitándome a hablar. Su tono se suaviza, como si de verdad me quisiera. Quizás, de verdad lo hace; y estoy más relacionada con la silueta de lo que he podido intuir.

-No, abuela.

-¿Y el vestidito...?

-Tampoco.

Veo que se aleja. Luego, vuelve para agacharse con dificultad y pasarme otra de las bandejas, otra vez está llena de fruta. Aunque no he comido en todo el rato, no me apetece. La empujo con el pie hacia donde la otra, igual de solitaria, la recibe con el tintineo del metal. Voy a dejar que se pudra. Mi abuela, pues ahora que me contestó, sé que es la abuela enferma a la que nunca antes había visto en mi vida, entrará a ver qué pasa si ve que no como o huele la fruta que se pone mala. Eso podría darme un chance de correr y salir.

Como el bombillo se ha quemado, ahora distingo claramente que la oscuridad llena el recinto cuando cae la noche. Permanezco en la esquina, no me muevo. No tengo nada de sueño. La luz empieza a recubrir nuevamente el cuarto, escurriéndose por la ventanilla, aceleradamente. No esperaba que todo transcurriese tan rápido. Los rayos iluminan los conejos y el girasol.

Pero la bandeja que había dejado en la habitación...Ahora está vacía.

No puede ser. No ha entrado nadie y lo sé. Me mantuve alerta, insomne, para ver qué ocurría y ni una sola vez vi la puerta abrirse. Hay algo aquí dentro, conmigo. Siento una presencia junto a mí, como si los conejos blancos de peluche ahora me estuviesen observando, me siguen

con sus pupilas rojizas.

Me levanto de un salto y contengo la respiración. Aprieto bien las manos y comienzo a escarbar con vivacidad cada rincón del cuarto. Busco en el armario, debajo de la cama, de la mesa de noche...Detrás de los conejos.

Sé que está ahí, porque lo escuché moverse.

Corro a la montaña de peluches apiñados y, de un solo zarpazo, los derribo como si fuesen simples montículos de nieve fresca. Y ahí, en el suelo, está el intruso. Un conejillo blanco, de carne y hueso. Por un momento dudo si de verdad está vivo, porque se parece un poco a los peluches. Pero sus ojos brillan, a diferencia de los inanimados. Está masticando nerviosamente los últimos restos de la fruta que me pasa la abuela.

Lo levanto entre mis brazos. Es un tanto escurridizo, pero después de calmarlo se deja cargar con docilidad. Su color blanco contrasta con el color de mi blusa, pues ahora, junto al nítido pelaje del animal, veo que está demasiado sucia y que ahora cobra tonos amarillentos. Incomoda un poco, pero no es insoportable. Dejo al conejillo en el piso, para que camine solo por un rato.

Siento que no he dormido nada, pero en realidad es el conejo el que me quita el sueño. Lo veo desde la cama escabullirse de mi mirada. Se esconde con sus compañeros de tela y ojos de canicas para después escudriñar más fruta. Por la tarde me pasa otra bandeja. Con algo más de competencia, voy a tomarla y me como una manzana. Al conejo le dejo el resto.

El girasol está muriendo de sed por los rayos. Pero mi compañía no pasa desatendida ni mi tiempo desocupado. Porque de pronto, veo que otro conejo asoma su nariz rosácea y pálida entre la hendidura que la abuela usa para darme comida. Me levanto y también lo tomo entre mis

manos. Su piel acolchada me hace cosquillas y lo bajo para que juegue con su compañerito. Me pasan más fruta y me la como.

En mi casa nunca se habla de la abuela. Nunca nadie cruza alguna palabra de donde está ni qué se ha hecho o siquiera dónde vive. Tía Clara nunca la ha mencionado, como si hubiera muerto hace tiempo. La única que la invoca en recuerdos, muy rara y brusca vez, es mami. Quizás ahora veo claro el porqué.

Espero a sentarme en el piso por unos momentos. Quizás a los conejitos les dé por hacerme compañía. A lo mejor me hago un ejército de conejos. Espero sentada, y espero...

Nuevamente, se introduce otro conejito. Este no es más blanco ni más opaco que sus otros dos compañeros. También lo recibo con amabilidad y lo dejo que juegue.

Las horas pasan y me aburro, aun con los conejos por ahí (ahora cuento siete). Así que me propongo ordenar los peluches en una pirámide. Ahora me parece que hay más peluches que antes, pero ya no los veo tan feos. Al menos no si los acomodo a plena luz del día.

Por la tarde, veo que tengo que acomodar los peluches mejor. Tengo que hacer más campo, pues hay cinco nuevos inquilinos en el cuarto. Empiezan a jugar entre sí, a veces los veo copular, pero los ignoro. Son conejos, después de todo. Ahora que son bastantes, el piso da la impresión de haberse convertido en una extensa alfombra blanca. Tengo que tener cuidado al caminar para no majar a ninguno.

Veó la silueta de la abuela acercarse. Solo espero el momento en que venga a espiar el alboroto y abra la puerta. Me acomodo en posición para sorprenderla, pero ni siquiera se inmuta. Le da igual que haya mil conejos en la habitación y unas cinco bandejas llenas de fruta podrida.

-Me gusta mucho tu corazoncito, princesa. Me gusta mucho. ¿Te gustan los conejitos?

Como siempre, me ahogo en palabras y gritos. Me tiemblan las manos y me provoca correr ante la pirámide de peluches y hundirme en ellos.

La silueta se aleja y los conejos siguen merodeando.

Necesito saber qué les pasó a Nata y a mis papás. ¿Él estará bien? Tengo que verlo, tengo que llegar a él. Pero ni siquiera puedo llegar a mi cama, a pesar de que tengo sueño, por el montón de conejos. Decido guardar mis fuerzas y me duermo en la esquina. No necesito cobijas porque la piel acolchada me provee calor.

Despierto pronto, bañada en sudor. Sé que tuve una pesadilla porque amanecí del otro lado del cuarto, pero no la recuerdo.

Un olor fétido se inmiscuye por mi nariz. Es el olor de las heces de los conejos. Me tapo la nariz con la mano, ya que es demasiado como para aguantarlo por mucho rato. Y ahora que hay más conejos, se hace insoportable, tanto que se me aguan los ojos. Me levanto estrepitosamente y bajo la mirada.

Mi blusa y mi enagua están llenas de heces. Contengo el vómito y me lo quito todo, ahí, rápidamente. Dejando que mis harapos sucios se desparramen en el suelo y les sirvan a los conejos de cama.

Me da algo de frío y asco estar ahí, frotando mi piel desnuda contra ellos. Me dirijo, a grandes zancadas, al armario. Ahí está el vestido lavanda. Lo tomo y me lo pongo.

Después de un rato, la silueta de mi abuela vuelve. Su cabello ya no está en moño. Ahora lo tiene suelto, se esparce por su cuello como alambres tiesos, ya muy usados. La figura sigue siendo igual de encorvada.

-Princesa, te ves muy bonita. Me gusta mucho ese corazoncito tuyo. ¿Me lo regalás? De verdad me gusta. No todas son como vos.

No sé qué pasa por mi mente, pero empiezo a sollozar. Me cubro la

cara con las manos y me limpio las lágrimas. No emito ni un sonido. No quiero que se dé cuenta de que lloro. Pero de todas formas, creo que ese segundo no se puede considerar llorar de veras. Apenas se me salieron las lágrimas, quizás fue por el olor de las heces. Vuelvo a la normalidad rápido.

Veo el jarrón. El girasol ahora está como enfermo. También creo que lo están varios conejos, porque ya no andan como antes. Me voy a dormir. Esta vez, lucho por llegar a la cama. Pero ahí, mientras intento ganar algo de energías, escucho el latir de sus corazones. Es muy rápido, como si fuera un zumbido. Me asusta.

Hay una bandeja eclipsada por los cuerpecillos de los conejos. No me molesto siquiera en tomarla. Quiero gritar, pero no lo hago. Quiero ver a mi tía, a Nata y a mis papás. Siento que pronto se va a acabar todo el aire de esta habitación. No, no lo siento. Está ocurriendo. Tengo problemas para respirar.

El vestido lavanda me está tallando demasiado. Es muy raro, porque ayer no tuve problemas para ponérmelo. Intento salir de la cama, pero me duele caminar. Siento que está firmemente atado a mi cuello. No sé qué ocurre...

Salto de la cama con dificultad, enyesada por el tallado en la cintura de la prenda. Avanzo entre los conejos. Algunos chillan y corren en cuanto les majo las patas, pero no me importa. Voy hacia el espejo al que le había dado la vuelta. Un conejo se escurre entre mis piernas. Tomo el espejo por los bordes y le doy la vuelta.

Por primera vez, grito.

La figura que está ahí no soy yo. No lo parece. Mi cabello es largo. Antes lo traía por el pecho, ahora se extiende como una larga y descuidada pincelada oscura hasta mi cintura. Casi no tengo el blanco de los ojos, ahora estos están hinchados, bulbosos y algo enrojecidos.

Mi cuerpo...No reconozco sus dimensiones. Algo grave ha pasado. Y el vestido parece como si quisiese asfixiarme. Me queda muy corto y pequeño.

A lo lejos, oigo la vocecilla.

-Te quiero, princesa. Te quiero por tu corazoncito de oro.

Mi mamá siempre hablaba mal de la abuela. Hablaba de su obsesión con la casita de muñecas, con la que ella y mi tía jugaban de pequeñas. Ahora recuerdo que mencionaba su cuarto muy ordenado, como este en el que estoy.

Este espejo miente. Lo primero que se me viene a la cabeza es tomar el espejo por los bordes y empezar a reventarlo contra la pared. Primero con desespero, luego con furia. Una y otra vez, otras veces más. Más y más y más y más...

Hasta que finalmente, los trozos de espejo mentiroso se esparcen en el suelo. Los conejos corren por todas dimensiones, como hormigas en busca de terrones de azúcar. Me corto un poco la mano con uno de los filos del espejo. Tomo uno de los pedazos más afilados y lo giro contra mi cuerpo. Empiezo, una por una, a deshacer las costuras principales del vestido. Lo hago mecánicamente, sin pensar nada ni mover ni un músculo. Solo me lo aflojo.

La abuela pasa de nuevo dentro de un rato y me entrega otra bandeja. Solo que esta vez, la fruta no está ordenada. Dice lo mismo. Que me quiere, que soy su muñequita, que quiere mi corazón y me pregunta si me gustan las flores violetas que reemplazaron al girasol, si me gustan los peluches, si me gustan los conejos...

La habitación está clara por fin. Aun vibran mis manos y sostienen el filo del espejo. Lo agarro tan fuerte que empieza a cortarme la membrana de la palma de mi mano. Pero no me importa. Sacudo la cabeza y avanzo entre la multitud de bestias de ojos rojos.

Uno de los conejos jóvenes está en el centro, justo a mis pies. No teme porque ha estado aquí por mucho tiempo. De seguro, con el rato, ya me perdió el miedo. Y me aprovecho. Lo tomo entre mis brazos, como si lo fuera a abrazar, y le perforo el vientre con el filo del espejo.

Parece como si los demás no se dieran cuenta. Siguen caminando felices. Pero este, el que está en mis manos, se retuerce y contorsiona. Gime, mientras le hundo la punta, más y más. Finalmente, después de que la piel se le mancha de rojo, deja de moverse. Lo sostengo entre mis manos por unos segundos. Quedan algunos reflejos en su sistema, por lo tanto estira una oreja por defecto. Espero a que se inmovilice por completo.

Saco el filo del espejo de su cuerpecito y, sin remordimiento, se lo hundo en la parte delantera, arriba de la panza. Pero no se lo hundo para perforarlo, sino para cortarlo. Hago una larga incisión de abajo hacia arriba. Las tripas del conejo se riegan por mis manos. Sangre y vísceras empiezan a caer manchando el piso límpido. Cuando está abierto, hundo un dedo en su interior.

Mi tacto busca lo más denso. Pronto, lo encuentra y lo empiezo a arrancar, desligándolo de todos sus otros rojos componentes. Sostengo el corazón del conejo entre mis manos. El cuerpo lo dejo encima de la cama.

Su corazón es más pequeño de lo que yo esperaba. Le limpio la sangre en la falda de mi cortado vestido y lo veo con claridad. Tiene una especie de recubierta gelatinosa y satinada, con unos cuantos mecanismos que me recuerdan tuberías en la punta. Y no es tan rojo como pensaba, una vez que está limpio, tiene más partes blancas y negras de sangre oscura y acumulada.

Y ahí, espero a la vocecilla. Los conejos no me miran ni me atacan. Parece no importarles que su compañero e hijo esté muerto. Ahora, los

de peluche vuelven a darme miedo.

-Chiquita, chiquita...

-¿Qué pasó?

-Te quiero, princesa.

Yo corro a la puerta. Pateo y majo conejos en el trayecto. Justo cuando esas manos escasas de carnes se asoman por la hendidura con la bandeja, le pongo el corazón en el centro. Se produce un desbalance, seguido de temblor en la bandeja de metal.

-Es mi corazoncito. Me lo arranqué. –le digo con firmeza, pero bajo.
–Y ahora te lo doy.

Se oye un sonido gutural, proveniente de su seca garganta. Ahoga un chillido. Y deja caer la bandeja.

-Ingrata... ¡Chiquilla ingrata! ¡Vas a ver cómo te castigo, malagradecida! ¡Te voy a matar, condenada...!

Se levanta, Yo me echo hacia atrás y tropiezo con los conejos. Ella irgue la espalda y veo que, de su bolsillo, saca unas llaves. En ese momento, me levanto del suelo, abriéndome paso entre los conejos que aplasté y me postro frente a la puerta.

La vieja intenta abrir la cerradura, pero las manos le tiemblan mucho. Veo que se tambalea, con la mano en el corazón. No en el del conejo, sino en el suyo, en su propio pecho. Introduce las llaves, furiosa y débil, las gira y la destranca. Pero no le da tiempo de más. Después de eso, oigo cómo el suelo retumba. Y ella cae al suelo.

Corro ante la perilla y la giro. Está abierta.

Hay un pasillo. El cuerpo de la vieja está allí tirado. Ni lo miro, por temor a que se levante. Conmigo, se liberan también los conejos.

Me oriento como si ya hubiese estado allí antes. Encuentro la salita principal y después, la puerta que guía al exterior. También está abierta.

Es de noche. Los búhos y las lechuzas sobrevuelan el campo. Es el

mismo tipo de paisaje que veía, solo que ahora noctámbulo, cuando me dormí junto a Nata y desperté en el cuarto. No quiero que me encuentre la anciana por si logra despertar de su conmoción. A lo lejos hay un bosque. Corro a él y me sumerjo en la penumbra.

Ese tiempo pasa casi volando, como si también conociera bien la senda del bosque. No tropiezo, ni nada por el estilo. Lo atravieso como si mi cuerpo fuese tan ligero como una pluma. Pero el tiempo se detiene cuando llego a los pequeños peñascos, que conducen al campo abierto y, si mal no recuerdo, a la carretera.

Hay un hombre...No, un muchacho. Está de pie. Reconozco esa figura, aunque tal vez no entera. Se parece a Nata.

Me escondo detrás de un árbol. Porque no sé si realmente sea él. No me importa que acabo de escapar, no quiero ver a nadie más que a él. O a mi tía. Pero no ningún muchacho corriente en el campo. Solo a Nata.

Veo que se devuelve al centro del bosque seco y despejado, no la parte por la que corrí. Ahí se detiene, simplemente a observar los árboles. Transcurre un rato, mientras yo me cuelo entre todos los matorrales. Quiero verle la cara, ver si de verdad es él.

Me escabullo de puntillas, con la piel ardiendo por la mala hierba que me corta, para verle el rostro. Sí, no me cabe duda. Es él.

No me dan las fuerzas como para decirle algo, llamarlo o anunciarme. Debe de estar preocupadísimo por mí. No me ha visto en días. Por lo tanto, salto del arbusto. Él palidece, como un fantasma. Pero no le da tiempo de decir nada, porque corro violentamente hacia él y lo abrazo.

Por poco lo hago caer. Él se queda quieto al principio. No comprende lo que pasa. Luego, sacude la cabeza. Grita mi nombre y me abraza. Yo hundo la cabeza en su cuerpo y empiezo a llorar. No con sonidos, casi nunca hago ruido. Pero él lo siente, porque mis lágrimas

le empapan la ropa.

-Nata, –susurro –. Te ves diferente.

Aún no puede hablar. Balbucea, pero no dice nada. Yo lo tomo de la mano sin que él me dé permiso y caminamos hacia el mismo lugar, el mismo campo en donde me dormí y desaparecí de su vista.

Caminamos como si estuviésemos flotando en otro espacio. Veo con la luz de la luna que tiene diferente el pelo de cómo lo vi la última vez. En realidad, está mucho más largo. Sus preguntas no son coherentes. Pero después de eso, él recupera la facultad de hablar.

Empieza a decir cosas muy extrañas. Cosas que se incuban en mi pecho. Dice que hace cinco años que ya nadie me busca.

Lo que él recuerda es que lo arrastraron hasta ese mismo pedazo de bosque donde lo encontré. Que despertó ahí, justo como yo desperté en el cuarto de los conejos. Me llamó y me buscó por todas partes, pero lo que encontró fue un carro, el de mis papás, accidentado. Dice que estaban huyendo. Que él escuchó, mientras me llevaban a donde la abuela, que ya estaban hartos de mí, que me iba a hacer bien quedarme con la loca de mi abuela. Que ella no toleraba mis rarezas, mi imperfección, mi lobregura y mi reclusión. Que era anormal. Los oyó murmurar que a él lo dejarían por ahí, porque la vieja demente solo quiere muñecas perfectas, no muñecos, y que a él no lo iría a aceptar. Y lo que necesitaban era librarse de mí.

Él me dice que siempre visita el bosque porque nunca me encontró en el carro, junto con los dos cadáveres en los asientos delanteros que huían de la casa de los conejos y de lo que allí habían dejado. Que él pensaba que yo iba a estar por ahí.

Mientras dice esto, mi mirada se pulveriza en la luna. Me parece que es una luna muy bonita. Él me dice que tenemos que irnos. Que me va a dar ropa decente para que me cambie. Yo intento moverme, pero es

como si mis piernas fuesen máquinas pesadas, a cuyos engranajes no les han echado aceite para evitar que se oxiden. Nata me toma y me carga como si fuera una chiquita que, claramente, no soy.

Empiezo a llorar en su cuerpo, sin decir nada y con la mirada inmóvil. Le paso el brazo por el cuello.

-¿A dónde vamos?

-Te voy a llevar con tu tía Clara.

-¿De veras?

-Obvio -. Sus palabras son como un caldo tibio, se derrama y se filtra por las hendiduras de mis huesos. -A como es de adivina, seguro ya sabe que vamos para allá.

Por fin entiendo que mi tía sí está loca. Pero también lo estaba mi mamá, al igual que la abuelita. Solo que el que está loco no lo ve, y cree que los demás lo están solo porque no juegan como quiere, o no comen lo que quiere o no viven como quiere. Pero eso que lo medite mami sola en la tumba. Yo me voy a la casa de mi tía.